



El maquinista y el último tren

POR LUIS ÓSCAR PITTÍ MIRANDA

de niños siempre quisiste hacerlo, pero, siendo sinceros, yo nunca te creí que tuvieras suficientes agallas para lograrlo. En realidad, me alegra que al fin te hayas atrevido —le dije, poniendo mi mano en su mejilla, en la cual pude acariciar su barba de tres días, mientras en mi rostro se reflejaba una sonrisa de oreja a oreja.

Ese día que se destapó y me robó el primer beso terminó nuestra etapa de ser simplemente amigos. Ni siquiera fue necesario que se me declarara y me pidiera formalmente iniciar una relación. Esas son cosas de chiquillos y ya ese tiempo de ser niños pasó. Ahora él es todo un hombre, y me hizo transformarme de señorita en mujer hecha y derecha, con ganas de ir más allá, para ser su esposa y madre de sus hijos. Dicen que para ser buenos esposos primero es necesario ser buenos amigos. Ahora nosotros somos mucho más que amigos, así que de seguro tendremos un matrimonio perfecto.

Federico Rodríguez G. Chitré, Herrera, Panamá. Arquitecto con Postgrado en Evaluación de Proyectos, en la UTP. En 2001, gracias a una beca Fullbright, estudió una Maestría en Planeación Física y Ambiental en la Universidad de Nueva York, donde se graduó con el mayor índice académico. Ha hecho su carrera laboral en el IDAAN, donde actualmente ejerce como Jefe de Agua Potable. Egresado del Diplomado de Creación Literaria 2010 de la UTP.

Elena la trabajadora social del Mides junto con Joaquín el fotógrafo, bajan del auto que los llevó del parque de La Concepción, a la vieja estación del Ferrocarril de Chiriquí. Observa el gran salón de espera bajo techo, sin las aglomeraciones como sucedía antes. A pesar de los años, la estructura del edificio no ha cambiado. Fija su mirada en el suelo, en el lugar en donde en una ocasión estuvieron las líneas del ferrocarril, que descansaban sobre los antiguos durmientes originales de madera, denominados polines de macano por los jornaleros. La cantidad de grasa y aceite quemado que le cayeron los han conservado casi intactos; han quedado como mudos testigos de una época de esplendor económico para la comunidad chiricana.

Elena viajó en el tren cuando era niña, ella recuerda que subió en uno denominado popularmente el motor, el cual tenía un vagón y cubría la ruta desde San Andrés hasta Aserrío; el de dos vagones se le conoció como el repollero, transportaba público en el vagón principal, en el otro lo llenaban de legumbres, verduras, café y tabaco. Existían dos locomotoras medianas con cuatro vagones cada una, en el vagón de primera clase viajaban los pasajeros con buen recurso económico, disponía de cómodas y espaciosas butacas, nadie permanecía de pie; los otros dos vagones eran de segunda clase, allí viajaba el pueblo tan aglomerados como se viaja en la actualidad en los

buses diablos rojos. Las personas que no tenían la fortuna de sentarse en una larga banca de madera, permanecían de pie en el pasillo, colgados del pasamano como murciélagos, agarrándose de donde pudieran y haciendo toda clase de malabares, para no caerse.

Era muy usual que los borrachos a causa de la velocidad y la inercia del tren, cuando tomaba las curvas, perdieran el equilibrio y quedaran encima de los otros pasajeros que estaban sentados, lo que originaba verdaderas trifulcas entre indígenas y toscos labriegos.

El cuarto vagón se destinaba para la carga de mercancía, en algunas ocasiones se le agregaba un vagón para transportar animales y en ocasiones llevaban autos para la ciudad de David. Ese era el caballo de hierro chiricano que cubría la ruta de Puerto Armuelles, La Concepción hasta David en la mañana y en la tarde; ambos trenes casi siempre se encontraban en La Concepción o en Aserrió de Gariché.

Mientras caminaba con lentitud, Elena trataba de hacer la ruta mentalmente, comenzó a conversar en voz baja — ¿cuántos pasajeros fueron transportados por estos trenes, con destino a las ferias de Bugaba y de David? Continuó susurrando en voz baja. — ¿cuántas miles de toneladas de cargas se transportaron? Sin que ella se diera cuenta, el fotógrafo empezó a filmarle con su teléfono, al enterarse se dirigió a él.

—Oye Joaquín, ¿quién te mandó a filmarme sin mi permiso? — le dijo sonreída.

—Sigue hablando pero en voz alta, no hables entre dientes, de lo poco que escuché me gusta la historia que recuerdas, de verdad me interesa ese cuento.

—Escucha lo que te voy a decir, cuando el tren llegaba a este lugar, mientras los pasajeros descendían, otros lo abordaban, en ese momento se activaba, lo que hoy se conoce como el comercio informal, que fue el sustento de cientos de familias.

Se sentía orgullosa de su relato. Como si fuera una guía turística, empezó a narrar como si lo estuviera haciendo para la televisión, y se transportó junto con su fotógrafo por la lente de su celular hacia el pasado.

—Joaquín, imagínate que al llegar el tren, las decenas de vendedores corrían con sus platonos de aluminio, ofreciendo toda clase de deliciosas y olorosas comidas, otros voceaban los billetes de la lotería; era un espectáculo observar a ese gentío gritando a la vez.—Naranjas, pixbaes, bollos, tamales, empanadas, carimañolas, albóndigas, chicharrones, hojaldres, almojábanos, bienmesabe, panecitos, helados, lleve su periódico La Estrella, La Razón y Ecos del Valle—. Cada estación se convertía en un restaurante ambulante a ambos lados del tren, muchas familias generaban así sus ingresos en toda la ruta, pero todo se acabó; acabaron con una obra visionaria del ex presidente Belisario Porras.

—Cuánto lo lamento, discúlpame Elena que te interrumpa, pero te traigo a la realidad.

No le contestó, pero su silencio era obvio, trataba de disimular su nostalgia de lo que conoció en su niñez, se dirigió hacia una esquina donde estaba una vendedora de billetes, como si fuera la única sobreviviente de ese grupo de comerciantes.

Se identifica y presenta a su compañero y le hace una relación acerca de su encuesta, mientras conversa con la señora, observa el edificio, ahora lo utilizan oficinas públicas, a un extremo reconoció un viejo vagón totalmente destartado, el paso de los años se ensañó en su estructura; le pide su apoyo a la billetera, para que le hable de las personas que están en el área, pero su mirada escrutadora después de analizar las columnas y el techo, se detiene en un hombre alto, delgado, con abundante barba blanca y su rostro rojo, tostado por el sol, procura cubrir sus canas con una vieja gorra negra de bordes dorados y la imagen de un tren. Sus largos cabellos largos y la gorra negra hacen un buen contraste, que llaman la atención.

— Mire señorita Elena, yo no le puedo decir mucho de esos tres señores que están detrás de la columna, no les conozco. En cuanto a ese señor de la gorra negra, sí puedo hablarle porque es mi tío político, él era el esposo de una tía que murió, conversa con dificultad porque sufrió un derrame, camina con el apoyo de una muleta y vive en esa casita; después de la tienda del chino, donde exis-

te un árbol grande de marañón; permanece todo el día en este lugar y en la tarde camina hacia su casa con su perro “el liniero” que siempre le acompaña.

Bueno, tratándose de que usted es trabajadora social y está haciendo encuestas para el programa 100 para los 70, puedo decirle que él se llama Herminio Rojas Mora, fue maquinista de la Chiriquí Land por muchos años, pagó cuotas al Seguro, pero las retiró porque decía que la caja quebraría y ahora no tiene jubilación, él vive de la caridad.

—¿El tuvo hijos, tendrá su cédula?

—Sí tiene su cédula y tuvo varios hijos, uno murió, otro está preso pagando un crimen, en David vive una hija llena de chiquillos, y unos nietos que quieren quitarle su casa.

—¿Puede llamarlo por favor? —preguntó Elena—. Para saber su capacidad de caminar.

—Sí con mucho gusto. Oiga Ño Miño, venga acá y traiga su cédula que quieren conocerlo. —¿Quién me busca?— preguntó con una voz ronca y gangosa.

—Una joven muy guapa, ella quiere inscribirlo para que reciba el cheque de los 100 dólares que está ofreciendo el gobierno a todos los viejitos sin jubilación.

— Qué bueno, pensé que se habían olvidado de mí, ya voy, me cuesta levantarme.

El anciano con mucha dificultad se levantó, los huesos no le acompañaban, se apoyó en una de las antiguas bancas de concreto y apoyándose en su muleta se dirigió al lugar donde se encontraba Elena y la señora Carmen, junto con el fotógrafo que registraba el hecho para un suplemento que tendría que elaborar.

—¡Ay que vaina!, ustedes me perdonan cuando uno está viejo, anda todo miao y hediondo; tengo un fuerte dolor de cabeza desde esta mañana.

— No se preocupe Don Herminio, ya le llenamos el formulario, si no puede firmar ponga su huella digital aquí y la señora Carmen que firme en el otro renglón, ella será la responsable de usted. Joaquín, tómele una foto al Señor Herminio, a la señora Carmen y a su cédula— afirmó Elena.

—Sí, con mucho gusto, señor Rojas quítese la gorra y mire la cámara por favor, gracias.

—Gracias a ustedes por ayudarnos, con esa platita iré al médico y comeré mejor.

Conversó poco con la trabajadora social, debido a su dificultad para hablar, la señora Carmen le agradeció la ayuda para su tío. Le contó la historia completa del viejo maquinista, prácticamente no dejaba que Elena se retirara.

— Mi tío se la pasa en este lugar todo el día junto a su fiel compañero “El liniero”, duerme durante el día, en la tarde se retira a su casa. Todas las mañanas llega muy entusiasmado a esperar el tren, como lo hacía hace 67 años, pero yo le digo que ya no existe el tren, que fue eliminado, pero él insiste que tiene un compromiso que debe cumplir. No piense que está borracho, solamente se toma un traguito de ginebra en las noches para calentar su cuerpo.

Mientras Carmen le cuenta a Elena los hechos más relevantes, Ño Miño saca una pipa tan vieja como su dueño, toda astillada y carcomida, pero que todavía le sirve para ponerle unas cuantas hojitas de tabaco, la enciende, aspira y se queda viendo el humo, que forman figuras caprichosas parecidas a la chimenea de la locomotora 07.

Joaquín aprovecha para tomarle otras fotografías desde otros ángulos, en tanto Carmen sigue refiriéndole a Elena otros hechos interesantes de este personaje.

—Don Herminio habla muy poco, solamente conmigo, se acuerda de su tiempo, él trabajaba muchas horas al día, es una forma de darse ánimo ante la soledad. Anteriormente llegaba un viejo amigo que también fue maquinista y demoraban horas conversando. Su amigo está enfermo, ya no viene. Este señor se desempeñó como maquinista y manejó locomotoras en la zona y lo enviaron a los Estados Unidos a una capacitación de tres meses, me comentó que en una oportunidad operó una gran locomotora diesel con 50 vagones cargados de granos. Ganó dinero pero lo perdió en juegos y diversiones.

Carmen, Elena y Joaquín observan al viejo maquinista, que de un andrajoso saco de henequén, acomoda sus valores personales, unas viejas revistas de trenes y dos fotos de la locomotora diesel 07, la 32, un lápiz y unos cuadernos con algunas

anotaciones de las salidas y llegadas a las estaciones. Guarda su pipa en un envase de madera junto con unas hojas de tabaco y después apoya su cabeza en la pared para descansar, su perro entiendo que llegó la hora de la siesta y se acomoda junto al saco y coloca su cabeza sobre la pierna de su amo, quien le acaricia su cabeza. Ambos quedan dormidos.

Pero Carmen seguía comentándole a Elena y a Joaquín que Ño Miño tenía un gran orgullo, porque durante toda su vida, nunca atropelló ni le pasó con su locomotora por encima a ninguna persona, como sucedía con sus compañeros que en la madrugada decapitaban y molían los cuerpos de los pobres indígenas ebrios, que se acostaban a dormir la juma en la línea férrea y tomaban los rieles como almohadas. La ruta estaba llena de cruces, al verlas se persignaba, pero observaba que para los indígenas muertos que caminaban sobre la línea, para ellos no había ninguna cruz. Cuando viajaba de noche, le parecía que veía fantasmas en la línea.

Se sentía apenado, cuando se le interponían en su ruta, perros, vacas y caballos, a pesar de que sonaba el fuerte silbato, algunas veces eran animales que se apareaban y él no podía poner en peligro la vida de sus pasajeros, tampoco podía frenar de repente porque podía descarrilar el tren. Cuando deciden cerrar el Ferrocarril de Chiriquí se deprimió tanto, que lo hospitalizaron y decía: — *Se han llevado mi vida.*

—¿Por qué cerraron el ferrocarril después de haber servido tantos años a esta región?

—En los años de la década de 1980, se dice que fue un negociado de Noriega y sus secuaces que cerraron el ferrocarril, levantaron toda línea férrea, recogieron los trenes, vagones, algunos puentes y los vendieron como chatarra. Se especula que fueron varios millones de dólares que se esfumaron, no debo hablar de esto, me da temor, por favor no lo diga a nadie.

— ¿Fue político el señor Miño?

— No, que yo sepa, nunca fue político, porque él decía que un maquinista tiene que transportar a todo el mundo, además afirmaba que los políticos le mienten al pueblo.

Carmen continuó contando con emoción que Ño Miño fue un maquinista responsable, en su locomotora viajaron hombres de negocios, destacados políticos, presidentes en el ejercicio del cargo como el Dr. Arnulfo Arias, Roberto Nino Chiari, Ricardo Arias Espinosa, el Coronel José A. Remón Cantera, y militares de la antigua Zona del Canal, cuando visitaban David y Boquete.

— ¿Oiga doña, ya que me quedé unos minutos, qué otras anécdotas me puede contar de él?

—Bueno joven, me puedo pasar el día contándole la historia de ese señor.

Me comentó que una vez se ganó la lotería extraordinaria, tenía los cuatro números y se fue a celebrar con una mujer que conoció en un bar, al despertar no tenía los billetes premiados. Agarró su pistola y se fue por las cantinas de Puerto Armuelles a buscar a la ladrona, sus amigos afirman que la vieron cuando cambiaba los billetes y llevaba una buena macolla de billetes y después se fue escoterita en un avión. Ño Miño se dirigió al muelle y lanzó la pistola al mar. Después del incidente con los billetes, cambió de actitud y dijo: — *Si eran para mí no los pierdo*— No era rencoroso— afirmó Carmen, no discute ni pelea con nadie, siempre sonrío, es chistoso, le hace un favor a cualquiera y comparte lo que tiene.

—En una ocasión Ño Miño conducía la locomotora con mucha gente, que abandonaba las fincas por las intensas lluvias que habían inundado las partes bajas de la región, las quebradas y el caudaloso río Chiriquí Viejo se desbordaron e inundaron fincas y poblados. El tren avanzaba lentamente, de repente llegó al lugar donde debía cruzar el puente y éste no existía, se lo había llevado la corriente, se salvaron muchas vidas gracias a su experiencia y pericia, desde ese momento se le consideraba un héroe anónimo. Con sus limitaciones tiene una biblia y con la ayuda de una lupa se pone a leer hasta que se queda dormido, así como usted lo ve; está sufriendo del corazón, más tarde le compraré unas pastillas para la presión arterial, cuando cobre su primer cheque lo llevaré al cardiólogo, y le compraré medicinas.

— Bueno señora Carmen, Don Herminio ya está inscrito en el programa, debo retirarme a



Los ángeles visten de locos

POR DAYANA GUILLÉN

encuestar a otros viejitos, muchas gracias por su apoyo, me saluda a don Herminio cuando despierte, recuerde que en noviembre debe llevarlo al banco a cobrar el primer pago. ¡Cuidelo mucho! Por acá regresaremos a darle seguimiento.

Elena y Joaquín se estaban despidiendo, cuando en ese momento el maquinista despertó, lanzó un fuerte quejido, tosió, trató de levantarse, se arrodilló, estaba ahogado y morado, le faltaba el aire y balbuceo: — *¡Llegó mi locomotora! Este será mi último viaje, ¡Dios ayúdame, me falta el aire! Ay, me duele el pecho*— Trató de levantarse nuevamente y cayó sobre lo que fueron los durmientes de las líneas del tren, en su mano había una vieja foto de la locomotora 07 donde aparecía sonreído y saludando desde la ventana. Todos corrieron y levantaron al viejo maquinista y se lo llevaron al hospital; su leal amigo “el liniero” ladró y aulló por la partida de su amo luego se echó en los cartones que le sirvieron de cama al maquinista. Se afirma que de allí no se mueve, permanece en ese lugar, esperando a su amo.

LUIS OSCAR PITTÍ MIRANDA, David, Chiriquí, Panamá, 1946. Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad de Panamá, Diplomado en Creación Literaria por la Universidad Tecnológica de Panamá en el 2010, realizó estudios en inglés en Florida State University. Ejerce la comunicación social desde 1970 en emisoras y televisiones nacionales.

Dicen que la vida es un respiro, y yo era asmático.

Graciela era la vecina más alocada de todo el edificio, o al menos, la que más fama de loca tenía. Había otras, como la que quemó a su perro el día de San Lázaro, o la que salió en ropa interior en pleno aguacero de mayo, supuestamente a bañarse en la playa. También estaba Paco, el mecánico de carros del segundo piso, que estaba construyendo una máquina del tiempo con las piezas inservibles que iba sacándole a los autos viejos. Pero la que más fama de loca tenía en ese conglomerado de 245 apartamentos de mala muerte, era Graciela.

Todos los días se levantaba a las 3 de la tarde, y abriendo puertas y ventanas de par en par, ponía la música a todo volumen en su equipo Sony 4 en 1, modelo Magnum 33, en la opción de karaoke, e iniciaba el concierto más desafinado que oídos pudiesen resistir. Varias veces llamaron a la policía los vecinos, y todas las veces la policía salía de la casa con la cabeza baja, derrotados sabe Dios con qué argumentos. Y una vez más, las paciencias eran puestas a prueba por un tiempo hasta que alguien volvía a caer en la desesperación.

Así fue como un día, el tercero de sus vacaciones, mi mamá, que nunca lidiaba con eso pues siempre ocurría en su horario de trabajo, me mandó a casa de Graciela a decirle que si no quitaba la música llamaría a la policía.

—¿Quién es? —respondió Graciela cuando toqué la puerta